

Yasmina Soto

¿Jugamos?



¿Jugamos?

Yasmina Soto

Copyright © 2024 Yasmina Soto
Todos los derechos reservados.

Todos los derechos reservados. Ninguna sección de este material puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio sin la autorización expresa de su autora. Esto incluye, pero no se limita a reimpresiones, extractos, fotocopias, grabación, o cualquier otro medio de reproducción, incluidos medios electrónicos.

Todos los personajes, situaciones entre ellos y sucesos aparecidos en el libro son totalmente ficticios. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas o sucesos es pura coincidencia.

Safe Creative: 2403297515796

Twitter: @sotoyasmi

Instagram: yasmina.soto.escritora

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

Capítulo 1

Lidia

—No entiendo por qué me tengo que quedar, si tienes a Edgar.

—Edgar —lo llama Marga.

—Dime —responde el chico.

—Puedes marcharte, Lidia se quedará a ayudarme a cargar las neveras para mañana.

—Tendrás morro —protesto.

Marga se pega a mí, pasa una mano por mi cintura y me atrae hacia ella. No me da tiempo de apartarla, pega su boca a mi oído y pasa su lengua.

—Necesito saber qué ha pasado en el despacho —susurra.

—Mierda, Marga, apártate —protesto mientras me alejo de ella.

—¿No has quedado satisfecha? —pregunta alzando una ceja.

—Marga, yo me voy —dice Edgar.

—Perfecto, dile a Carlos que se puede ir si quiere, Lidia me va a acompañar a casa.

—Ni de coña, te pillas un taxi —aseguro seria.

Una vez el chico sale y cierra la puerta, la encargada del local se sienta en un taburete y me señala uno para que yo haga lo mismo.

—No va a pasar nada entre nosotras —advierto viendo sus intenciones.

—Aburrida —protesta poniéndose de pie para ir detrás de la barra—. Estoy esperando a que me cuentes —exige sirviendo un *shot* de tequila para cada una.

—Pues no hay mucho que contar, ya sabes lo que ha pasado. Una tía que me parece atractiva ha llegado y me la he follado.

—Lidia, querida, a quién quieres engañar. Tienes una regla que te has saltado con esa mujer. ¿Cómo se llama?

—No lo sé —miento.

—Lo sabes, y no solo eso, sino que esa chica se fue y volvió, aunque yo no estuviera en la sala principal, sabes que si se trata de ti me lo van a contar —comenta, mientras se pone la sal en la mano.

—Creo que David la conoce, o al menos a una de sus ami...

—Sofía —me corta—, está conociendo a esa chica y hoy venía con unas amigas. Dejé a Edgar de encargado para atenderlas.

—Vale, pues si sabes quién es, ¿por qué tanta insistencia en preguntarme?

—Porque quiero oírlo de tu boca. ¿Qué tiene ella qué no tengamos las demás?

—Joder, Marga, ya sabes que lo nuestro nunca va a pasar, no pienso acostarme con una empleada.

—El local es de David. Hoy había una reunión importante y tú no estabas, el jefe tuvo que llamarme a mí.

—Soy socia, aunque deje a David tomar las decisiones, sé en todo momento lo que pasa. Sobre la reunión, no quiero vincularme al local, sabes que tengo otro negocio donde sí soy la cara visible. Confío en ti y en tu poder de seducción si algo se tuerce, por eso David te ha llamado. Eres una...

—¿Zorra? —pregunta ladeando la cabeza mientras muerde su labio inferior.

—No, más bien, te gusta tanto seducir que lo haces sin darte cuenta. Te encanta que te miren, que te alaguen, incluso cuando consigues algo demasiado pronto pierdes totalmente el interés.

—Vaya, no sabía que me controlarás tanto.

—Solo observo, eso es lo que hago cuando me asiento en el fondo de la barra. Mirando a la gente puedes sacar mucho de su comportamiento y su forma de ser.

—¿Qué sabes de mí?

—Que desde el momento en que pase por tu cama dejaré de ser una obsesión.

Marga sonríe y vuelve a servirse otro *shot* y bebérselo de un trago. Se inclina en la barra y nuestras bocas quedan muy pegadas.

—Es mejor acostarnos ya y así perder el interés en ti —susurra.

—Perdería la gracia. Me gusta que me desees, Marga, no voy a mentirte, tener el poder y el control sobre esto, me excita casi igual que a ti imaginándome entre tus piernas. Porque eso es lo que piensas, ¿verdad?

—No eres muy diferente a mí, nos gusta el poder, aunque yo contigo no lo tengo, la pregunta que me repito es: ¿Qué tiene ella para habértela llevado al despacho?

—Tenía el control de...

—Ja —suelta cortando mi discurso—. Eso no te lo crees ni tú. Esa tía te rechazó y después volvió, Lidia. Tú vienes aquí para estar un rato, mirar lo que hay y ver cómo alguna mujer te entra para después tú rechazarla y si alguna tiene suerte terminas en un hotel con ella, siempre fuera de aquí. ¿Por qué con ella fue diferente? —insiste.

—Débora.

—¿Eh? —pregunta sin entender mi respuesta.

—Ella, se llama Débora.

—Madre mía, es verdad que le habías preguntado el nombre —afirma sorprendida.

—No significa nada, deja de hacerte ideas que no son. Solo me llamó la atención y me puse a jugar con ella, nada más.

—¿Vas a Volver a verla?

—No lo creo.

—Puede volver al local a buscarte —afirma la encargada.

—Le di mi número de teléfono —admito mordiendo mis labios.

—Bufff...

—Cállate.

Estoy nerviosa, yo nunca había pensado en todo lo que me dice Marga, siempre había actuado por impulso, si alguien me gustaba no quería conversación, solo un polvo rápido en algún hotel de la zona. Con ella fue diferente, pero no tengo respuesta para eso, al menos alguna de la que yo me sienta segura de dar, porque el miedo a sentirme vulnerable ante alguien hace que no admita que esa mujer llamó demasiado mi atención. ¿Será que puede ser mi compañera de juegos?

—Sabes que ella no es como nosotras —asegura bajándome de las nubes de un plumazo.

—¿Por qué?

—Si vino al local fue por su amiga, esa Sofía, la que está liada con David.

—Cuando vio a las dos mujeres jadear. Su excitación se le notaba.

—¿Qué mujeres?

—Una pareja en el fondo del local, creo que era la mujer de Roberto, se estaba follando a otra. Tenías que ver la cara que puso Débora.

—Eso no demuestra nada, Lidia. Es normal que se excite si escucha los gemidos.

—Marga, fue lo que fue. Tampoco quiero complicarme la vida, fue sexo y muy bueno. Si vuelvo a coincidir con ella perfecto, si no la vuelvo a ver tampoco pasa nada.

—Aja. Hagamos una apuesta —dice rellenando su vaso con tequila.

—¿Qué apuesta?

—Que serás tú quien la busques.

—Ni de coña.

—Cállate y escúchame. Sí, es así, me darás una noche de sexo. Si no lo es, juro que no te volveré a buscar.

—Trato hecho, a ver si así te quito de encima de una vez —aseguro extendiendo la mano para sellar el pacto.

—Nada de mano, bebe el *shot* para cerrar el trato.

Coloco un poco de sal en mi mano para lamerlo, dar el trago y después chupar el limón.

—Ahora ayúdame a rellenar las neveras —dice retirando los vasos de la mesa y colocando la botella de tequila en su sitio.

Sé que huyo de las relaciones que ninguna me ha durado más de cuatro meses, porque me empiezo a agobiar, o lo que parecía un juego con reglas, resultó que no era así. Si de algo estoy segura es que yo, no voy detrás de nadie.

Capítulo 2

Lidia

Estoy sentada en una de las butacas mientras Marga comprueba la caja. Al final he accedido a llevarla a la casa, sé que en el fondo ladra mucho, pero no muerde. Lleva trabajando en el local algo más de un año, recuerdo cuando tuve esa conversación con David.

—Tienes que contratar a una mujer para llevar el local y dejarte de contratar a hombres.

—Vamos, Lidia, no me jodas —protestó mi socio.

—Las ventas han bajado, llegan comentarios, David, y no buenos, o le ponemos remedio ya o esto se nos hunde y sabes que odio perder dinero.

—Me pondré a revisar currículum, pero ¿por qué vamos a echar al nuevo encargado?

—Por gilipollas —resolví.

Mi socio me miró y puso los ojos en blanco.

—Me da igual el motivo, lo quiero fuera. Ese tío estuvo molestando a un grupo de chicas, sabes perfectamente el concepto que tengo de esto, con gente como él tolerancia cero.

—Recurrirá el despido —respondió cruzándose de brazos.

—Se le indemniza y ya. Lo quiero fuera, sabes que no me meto en estas decisiones, pero al ver cómo babeaba, Dios qué asco, tendrías que haberlo visto.

—Me habían comentado algo sobre el comportamiento —reconoció.

Suspiré profundamente antes de hablar, ya que si soltaba lo que pensaba íbamos a terminar mal.

—Lo quiero fuera, ya. No mañana, ni pasado, ahora —exigí.

Él asintió y se recostó en su silla. Me señaló la silla y yo tomé asiento.

—¿Quién se encarga de contratar a alguien? —preguntó apoyando las manos en la mesa.

—David, esto no es para quitarte potestad, sé que estás hasta arriba de trabajo, proveedores, empleados, pedidos, pero a la hora de elegir encargado algo sale mal. Por eso quiero una mujer.

Abrió el cajón de su escritorio y sacó unos folios y los colocó en frente de mí.

—Ahí tienes, la eliges tú.

—No quiero que te enfades, necesitas ayuda de verdad, no un gilipollas que babee detrás de las tías. Hay que encontrar alguien que organice al personal, controle las salas y haga los pedidos, eso te quitará mucha carga de arriba. Cuando montamos esto teníamos pensado montar

otros e incluso un hotel y míranos, discutiendo por un idiota.

—Tienes razón —reconoció—. Si queremos avanzar necesito ayuda, te necesito a ti.

—Sabes que no voy a trabajar aquí, eso quedó claro desde el primer día. Necesitas a alguien que me sustituya, pero alguien eficiente de verdad.

—Suerte —dijo desplazando los currículums.

—Tiene que haber alguien en este montón que dé con el perfil que buscamos.

Aquella noche me dije que encontraría a esa persona, lo que no sabía es que iba a tardar más de lo que me imaginaba y eso con la presión de David que necesita a alguien cuanto antes.

Lo que no esperábamos es que la persona indicada iba a menudo al local y fue en una noche de copas en la esquina de la barra dónde encontraría a Marga.

—Eli, ponme una cerveza —pedí a la camarera mientras esperaba por mi socio.

—¿Está ocupado? —dijo Marga señalando el taburete que estaba a mi lado.

—Está libre.

—¿Cómo tú? —preguntó la muy descarada.

Sonreí y negué con la cabeza. Aquella mujer morena, de uno ochenta de altura y un cuerpo esbelto, llamaba la atención de todos cuando entraba al local, alguna de las veces se quedaba en la principal y otras entraba con alguna pareja a otras de las salas del local.

—¿Qué tengo que hacer para llamar tu atención?

—Nada, ya llamas la atención de todos los presentes.

—Ahora mismo solo quiero la tuya —aseguró pasando su lengua por los labios.

—Ya la tienes ¿Qué es lo que deseas?

—A ti —aseguró acercándose a mí.

—Complicado, no eres mi tipo de chica —mentí en aquel momento.

—No pensé que el rechazo doliera tanto —reconoció.

—Te acostumbrarás.

—¿Al rechazo? —preguntó.

Yo asentí y justo después un alboroto en la otra punta de la barra hizo que las dos nos pusiéramos de pie de golpe, miré alrededor buscando a David o al encargado y recordé que no había.

—Eli, llama a Carlos —pedí.

La mujer, cuyo nombre desconocía en aquel momento, se aproximó con determinación al hombre que protagonizaba una acalorada discusión con uno de los empleados. No estaba segura de cuál era exactamente la reclamación, pero era evidente que esa escena daba una imagen negativa de nuestro establecimiento.

Cuando ella llegó a la altura de los hombres, esa mujer desplegó todos sus encantos y así pudo llamar la atención del cliente, yo paré de caminar y le hice señas a Carlos para que no se

acercara, él se puso a mi lado y comenzó a observarla. Los dos nos quedamos embelesados mirándola, esa mujer era capaz de cautivarte, embrujarte e incluso estaba segura de que cualquier cosa que le pidiera al hombre que intentaba tranquilizar, este se la iba a dar.

—Ella lo tiene controlado —reconoció Carlos.

—Ya veo.

Le dije a Carlos que se podía marchar y esperé a que ella terminara de hablar con aquel hombre.

—Dale lo que pida sin cobrarle —le dije a Eli cuando vi que llamaba a otro de los chicos de la barra.

No recuerdo el tiempo que estuvo hablando con el cliente, lo que sí, es que él estaba embobado y tranquilo. Aquella chica había manejado la situación de una forma espectacular, no hubo gritos, solo la seducción de una mujer que sabía cuáles eran sus cualidades para poder controlar la situación.

Después de un rato vi que ella ya estaba incómoda y en ese momento decidí ir a su rescate.

—Menos mal que te veo, necesito que hagas unas gestiones. Si me disculpa —dije al señor —, necesito llevármela un momento.

—Si no queda más remedio —dijo.

Ella se despidió de él con dos besos y ese hombre le pasó el brazo por la cintura y la atrajo más a él, en aquel momento el asco pudo más que mis formas.

—No hace falta que la manoseé —escupí cabreada.

—Tú no me vas...

—Shhh... —dijo ella poniendo un dedo en los labios de aquel hombre—. Después seguimos hablando, Mauro.

Él se quedó conforme y tranquilo, ella me cogió del brazo y las dos caminamos hasta llegar a la otra esquina de la barra.

—Gracias —dijo cuando tomamos asiento.

—Gracias a ti. Espera un momento.

Mientras ella esperaba yo salí del local y avisé a Carlos para que alguno de los chicos sacará lo más educadamente al señor del local.

—¿Eres dueña? —preguntó.

—Más o menos. ¿Cómo te llamas?

—Pensaba que no te interesaba.

—No me interesas como mujer.

—Vaya, eres directa.

—Siempre lo suelo ser —reconocí.

—Mi nombre es Marga —dijo para plantarme dos besos en la cara.

—¿A qué te dedicas?

—Era relaciones públicas de un local en el sur de la isla.

—¿Qué pasó para que ahora no lo seas?

—No hubo acuerdo en las condiciones económicas —respondió encogiéndose de hombros.

—¿Cuáles eran las condiciones que pedías?

—No creo que eso sea de tu incumbencia.

—Busco una encargada, no solo que haga lo que acabas de hacer, sino que gestione los turnos del personal y hagas las compras.

—Es lo que hacía en el otro trabajo —resolvió elevando una ceja.

—Prefecto. Te quiero aquí —aseguré.

—No soy barata.

—Me lo imagino, solo tienes una norma, nada de liarte con los compañeros de trabajo.

—Si el sueldo es interesante, me quedo con el puesto.

—Cuatro mil quinientos euros netos al mes.

—Acepto —dijo extendiendo su mano.

Desde aquel día Marga trabaja para nosotros, hace muy buen equipo con David y es una buena jefa para los camareros y, sobre todo, los clientes la adoran. No solo por su físico, sino por cómo es como persona. Gracias a su ayuda hoy hubo una reunión importante en la que se decidía parte del acuerdo por la compra de un pequeño hotel en Madrid.

Capítulo 3

Lidia

Una vez fuera del local nos dirigimos a mi coche. Caminamos en silencio hasta que es ella la que lo rompe.

—¿Por qué no quieres acostarte conmigo?

—Bufff, Marga, ya te lo he dicho.

—Sí, eso ahora lo entiendo, pero la primera vez. ¿Por qué no quisiste?

—Eres una depredadora y...

—Igual que tú —afirma sujetándome del brazo.

—Yo no soy tan descarada, pero es eso, imagínate nosotras dos en una cama.

—Lo pienso cada día que te veo —sonríe mordiendo su labio inferior.

—Pues borra esa imagen de tu mente.

—Soy dócil cuando quiero, Lidia —susurra cerca de mis labios.

Me veo pegada al cuerpo de la encargada del local y por un segundo la imagen de Débora viene a mi mente y llevada por la lujuria del recuerdo sujeto a Marga de la nuca y la beso. Caminamos hasta que mi espalda da contra la pared de un edificio, ella es más alta que yo y quedo acorralada por su cuerpo.

—Espera —digo separándola de mí.

—No me vayas a dejar así —responde agitada.

—Nada de liarse con empleados —logro responder.

—No eres mi empleada.

Estoy excitada, no es por el beso de mi empleada, es por el recuerdo de Débora y eso hace que intente borrar su imagen volviendo a besar a la mujer que tengo en frente.

—Saca la lengua —exijo.

Ella hace lo que le pido, pero no me lo pone tan fácil y antes de que pueda meter su lengua en mi boca se retira sonriendo. Cierro los ojos con fuerza, esto es un error y un juego que se me puede ir de las manos si no lo paro ya. Sé que necesito sacarme de la cabeza a Débora, pero Marga no es la solución, sí la más rápida, aunque no la correcta.

—Ya, Marga, esto no está bien —reconozco.

Ella apoya su frente a la mía y puedo escuchar su risa, me la contagia y las dos terminamos

riendo de la situación que acaba de pasar.

—¿Por qué me has besado?

—No lo sé —miento.

—Eso no es una respuesta de una persona adulta.

—Ella, por esa mujer, necesito sacarla de mi cabeza.

—Solo te has acostado una vez, es normal que aún esté excitada, Lidia. Creo que le estás dando más importancia de la que tiene.

—Tú me dijiste, que...

—Yo solo te molestaba, buscaba esto y tú has caído. No eres tan depredadora como crees, ahí dentro —dice tocando mi pecho—, hay un corazón esperando que dejes entrar al amor, no te cierres.

—¿Tú dando consejos? Si eres como yo.

—No te equivoques, yo me he enamorado, muchas de las veces demasiado pronto. Lo que me pasa a mí es que simplemente me aburro, creo que ese es mi maldición en la vida. Me canso de que sea siempre lo mismo, de ver que no dan lo mismo que yo doy, pero te aseguro que me he enamorado y más veces de las que crees. ¿Tú cuantas veces?

—Nunca —afirmo rotunda.

—¿Por qué?

—No lo sé, y no me vengas con esa respuesta de niña. La realidad que no entiendo por qué no puedo sentir como el resto, como ha hecho David, o cualquiera de mis amigas, lo único que sé es que cuando veo que algo se va a poner serio huyo.

—Te da miedo el compromiso —dice asintiendo con la cabeza.

—No...

—No es una pregunta —me corta—. Es una afirmación, huyes del compromiso.

Me mantengo en silencio, la realidad es que no tengo respuesta para eso. La encargada se queda mirándome fijamente, yo sigo con el culo apoyado en la pared del edificio. Cuando sale alguien del bloque de pisos hace que me separe y Marga engancha un brazo entre el mío y caminamos hasta llegar a mi coche.

—¿Dónde vives? —pregunto una vez está dentro.

—En Las Canteras.

—Ahora entiendo por qué no vienes en coche, si vives al lado. ¿En serio me vas a hacer llevarte?

—Sí, y no solo eso, me vas a invitar a desayunar.

—Tendrás cara dura.

—¿Quieres saber lo que pasó en esa reunión?

—Claro que quiero.

—Pues pagas el desayuno.

—¿Sabes que puedo saberlo igual cuando David me lo cuente?

—Él ahora mismo debe estar desnudo en la cama con...

—Ya, ya... No quiero tener la imagen esa de mi amigo.

—Quiero ir a La Picnictería.

Miro a mi acompañante, sé perfectamente el local que me dice y que allí hacen unos desayunos bastante buenos, enciendo el coche y conduzco en silencio, mientras ella escribe algo en el teléfono.

Una vez sentadas en la terraza del local con cara de agotamiento y tras pedir lo que vamos a desayunar miro fijamente a mi acompañante.

—¿Qué? —pregunta.

—Estoy esperando que me cuentes.

—Todo ha ido bien, uno de los propietarios se ha puesto tonto y por eso me ha llamado David, al final se ha tranquilizado.

—¿Por qué?

—Quería conocer a la otra socia.

—Espera —digo entrecerrando los ojos— Que David te ha llamado y les ha dicho que tú —digo señalándola—, eres la otra socia.

—Ajá.

—Serááá —muerdo mis labios antes de soltar la siguiente palabra.

—Créeme, David hizo lo correcto, tú no hubieras soportado las miradas de ese gilipollas.

—Así y todo.

—Lidia, siempre has confiado en él, esto es solo un trámite, ese tío solo quería tocar los cojones con alguna tontería y por eso pidió conocer a la otra socia. Te aseguro que no volverá a pedir que esté en la reunión.

—Con ese cuerpo que tienes, te aseguro que sí.

Marga se ríe y muerde su labio para después inclinarse en la mesa y sujetarme de la chaqueta para acercarme.

—Fui la tía más impertinente del planeta, a todo preguntaba qué era eso, te aseguro que en una reunión no querrá verme, otra cosa es en una cama.

—Joder, Marga.

Ella se encoge de hombros, mientras la camarera nos sirve el desayuno.

—Ya te dije que todo ha ido bien, solo queda la inspección del edificio, David la ha exigido para cerrar el trato y se hará todo en Madrid, una vez los peritos verifiquen que todo está bien.

—Perfecto.

—Ahí sí, que tendrás que ir tú.

—Ya, odio los trámites —reconozco bebiendo un sorbo de mi taza de café.

—Quiero un aumento de sueldo —suelta de pronto.

Empiezo a toser tras escucharla, mientras la muy idiota comienza a reír.

—No me parece gracioso, me he manchado por tu culpa.

—Ahora yo tengo la culpa de que sea como una niña comiendo.

Me limpio la blusa con la servilleta y puedo comprobar que tengo una bonita mancha de café por culpa de la mujer que tengo delante.

—Estoy esperando una respuesta —reclama.

—¿Ya lo has hablado con David?

—No. Esto me gusta hablarlo contigo, con él sería demasiado fácil —admite recostándose en la silla.

—Zorra, eso es lo que eres.

—Me contrataste por eso —asegura dando una mordida a la tostada.

—Tengo que hablar con...

—No —me corta—, la decisión de esto es tuya y lo sabes. Quiero un aumento.

—¿Por qué debería de dártelo?

—Hagamos algo, si se cierra definitivamente el acuerdo del hotel después de la inspección, me concedes ese aumento.

—De acuerdo, pero no más de quinientos euros —digo alzando mi mano para cerrar el trato.

—Aunque también puedes terminar en mi cama y dejamos el aumento para otra ocasión —comenta sonriendo.

—Ni de coña, ya hoy has tenido bastante con ese beso. Confórmate, porque es lo único que has obtenido y vas a obtener de mí.

—Sosa —escupe sacando la lengua.

—Estréchame ya la mano o la oferta finalizará en un minuto y sabes perfectamente que nadie te va a hacer la misma oferta que te estoy proponiendo.

—Antipática —dice apretando mi mano para sellar el trato.

Desayunamos mientras ella me pone al día de las cosas que han pasado en el local y cómo va la nueva chica que han contratado para el acceso a la mazmorra. Una vez terminamos, volvemos al coche y la dejo en la puerta de su casa, para después ir yo a la mía y poder descansar.

Subo la calle donde he dejado a Marga cuando una chica cruza el paso de peatones sin mirar y yo tengo que frenar de forma brusca para no llevármela por delante. Esa mujer apoya una mano en el capó de mi coche. Trago saliva al ver que la mujer que tengo delante es Débora.

Capítulo 4

Débora

Vuelvo a apretar el timbre de la casa de mi amiga por cuarta vez, no logro entender cómo es que no escucha ese sonido estridente. Miro el móvil y busco su número para llamarla.

—Joder, parece una marmota —me quejo pulsando el botón de llamada.

La llamada suena y se corta de nuevo después de un rato. Estoy agotada y Bea no responde. Es increíble que esa mujer pueda dormir tan profundamente. Ya son más de las nueve y me doy cuenta de que he tardado más de una hora en llegar a su casa, pero necesitaba tomarme un momento para sentarme en la arena y relajarme.

Siento un rugido en mis tripas y decido que es hora de ir a desayunar, esperando que Bea se despierte pronto debido a la necesidad de orinar; después de todo, todo lo que ha bebido tarde o temprano tendrá que salir. Camino calle abajo mientras escribo en el grupo que comparto con las chicas, despoticando sobre Bea. Llego a un paso de peatones y lo cruzo sin mirar, distraída, cuando un frenazo repentino hace que mi móvil salga volando y, con las manos extendidas, intento detener el coche, como si eso pudiera salvarme.

Mi respiración comienza a agitarse cuando puedo distinguir que es Lidia la que conduce.

—¡Estás loca! —grito sabiendo que la culpa es mía.

—No miraste al cruzar —se justifica.

—Putos coches eléctricos —protesto recogiendo el móvil del suelo.

Al levantarme tengo a Lidia al lado.

—¿Estás bien? ¿Te he llegado a dar?

—Estoy bien, solo ha sido el susto —digo algo más calmada.

—¿Vives por aquí?

Me quedo mirando a la mujer que tengo en frente, todavía seguimos en medio de la calle en el paso de peatones. El recuerdo de hace unas horas me deja absorta, sus manos por mi cuerpo, su boca, su lengua... Es el sonido de una bocina lo que hace que las dos demos un bote del susto.

—Joder —me quejo poniendo una mano en el pecho.

—No me has contestado, ¿vives por aquí?

La bocina vuelve a sonar y Lidia fulmina al hombre con una mirada y se dirige a su coche.

—No te vayas, voy a aparcar.

No le respondo, solo cruzo la calle y espero a que ella busque aparcamiento. Como era de esperar, en esa zona no le ha sido fácil, así que la veo llegar corriendo hasta donde estoy.

—Perdona es que el aparcamiento por esta zona.

—Ya —asiento.

No sé muy bien por qué la he esperado, pero hay algo en ella que me intriga, la mujer del chupachups me inquieta al mismo nivel que me excitó en el local de intercambio.

—Entonces...

—No —la corto antes de que me vuelva a hacer la misma pregunta—. Por aquí vive Bea.

—Una de tus amigas supongo.

—Sí.

—¿Necesitas algo?

—Desayunar, eso es a lo que iba.

—¿Y tu amiga?

—En su casa, pero no me abre la puerta, así que decidí que mientras la marmota se despierta yo voy a desayunar.

—¿Acabas de llegar? ¿Saliste del local hace más de una hora?

—Demasiadas preguntas, Lidia. Solo hemos echado un polvo para estar dándote explicaciones.

—Tienes razón, menos en lo de un solo polvo, fueron varios y bastante buenos —resuelve alzando la ceja.

—Esa es tu opinión —respondo mordiendo mi labio inferior.

—Te temblaba todo —susurra pegando su boca a mi oído.

Mi cuerpo se estremece al notar el tono de su voz. Esa mujer es capaz de cambiar la forma de expresarse al estar excitada y eso hace que mi cuerpo reaccione.

—No hagas eso —protesto apartándome.

—¿El qué exactamente?

—Sabes de lo que hablo.

—No lo sé, Débora.

—Bufff. Sabes que tu voz cambia cuando estás, ya sabes.

—No, no sé.

—Mira, es mejor que me vaya a desayunar, no quiero seguir aguantando tus tonterías.

Necesito alejarme de ella o al final juro que soy capaz de empujarla contra la pared y que sea mi lengua en su boca la que le intente explicar cómo es que suena su voz cuando está excitada.

—Espera —dice siguiéndome.

—Necesito comer algo, Lidia, no tengo ganas de que sigas provocándome —respondo sin dejar de caminar.

—Prometo portarme bien. Después de casi atropellarte que menos que acompañarte a desayunar.

Paro de caminar y la miro entrecerrando los ojos.

—La culpa fue mía por cruzar sin mirar.

—Ya, pero mi coche no hace apenas ruido, es híbrido, ¿recuerdas?

—Haz lo que quieras.

Lidia se coloca a mi lado y caminamos en silencio hasta que es ella quien lo rompe.

—¿Vas a ir a La Picnitería?

—Sí, se desayuna muy bien ahí.

—Ya, acabo de salir de ahí con Marga.

—¿La camarera?

—Es la encargada del local.

Sigo en silencio hasta llegar al local y entramos, tomamos asiento y le pido a la chica directamente lo que quiero sin mirar la carta, Lidia solo pide un café. La miro fijamente y hay una duda que me asalta y lanzo la pregunta.

—¿Entre tú y Marga hay algo?

Lidia ríe por mi pregunta y en ese instante me doy cuenta de que me encanta escuchar esa risa y que no me importaría escucharla todos los días.

—No, no hay nada entre nosotras.

—¿Vives por aquí?

—No.

—¿Por qué pudimos entrar en la parte de los despachos? Porque si no has tenido nada con la encargada, no entiendo cómo has podido acceder.

—Accedimos por una puerta, Débora —responde sonriendo.

—Muy graciosa, sabes a lo que me refiero.

—Soy socia del local.

Mi mandíbula casi se desencaja al escuchar la respuesta.

—¿Sorprendida?

—Sí, no esperaba que tú fueras propietaria, pensaba que era de David Lemes.

—Es de los dos, pero él es la cara visible, yo tengo otros negocios.

—¿De qué?

—Demasiadas preguntas, Débora —responde mordiendo los labios.

—*Touché*, es justa esa respuesta.

La camarera llega y nos sirve, pero cuando lo hace se queda mirando a Lidia y esta sonrío encogiéndose de hombros.

—Antes nos atendió la misma chica.

—Pensaré que las traes a todas a desayunar aquí.

—Nunca he llevado a nadie a desayunar, Débora.

—Trajiste a Marga.

—No —responde negando con la cabeza—. Ella me pidió que viniésemos aquí después de cerrar el local.

—Me has traído a mí —respondo recostándome en la silla.

—No, tampoco. Solo te he seguido. Como te he dicho, nunca he llevado a nadie a desayunar. Estoy tan desconcertada por su respuesta que no sé qué decir, ya sé que a mí ella no me ha invitado, fui yo la que estaba huyendo y ella me seguía, pero porque recalcar lo de que nunca ha invitado a nadie.

—Me desconciertas tanto, Débora.

Me quedo mirándola y es mi móvil el que me hace desviar la mirada, está sonando y en la pantalla se refleja el nombre de Bea. No sé si agradecerle que interrumpa o maldecirla.

—Ya era hora —respondo cabreada.

—Lo siento, cariño, es que ha llegado Edgar y ...

—Joder, Bea, me has dejado plantada por un tío.

—Mira, guapa, que tú te fuiste a follar y yo también tengo derecho.

—No es excusa, yo no he dejado a una amiga en la calle.

—Dramática. Aparte Edgar me dijo que tú habías salido antes que él.

—Sí, pero me fui a la playa para ... —corto mi respuesta y miro a Lidia que está mirándome —, para dar una vuelta.

—¿Dónde estás ahora?

—Desayunando.

—¿Dónde?

—En La Picnictería.

—Trae algo de desayunar, ya que estás.

—Ni de coña.

—Te digo por *WhatsApp* lo que queremos.

—Que no te...—miro el teléfono, ya que se ha dejado de oír—. Será cabrona, que me ha colgado.

—¿Era tu amiga?

—Sí, y se está follando a un empleado tuyo —escupo cabreada.

—Por lo que sé, todos nuestros empleados son mayores de edad y responsables de sus vidas íntimas.

—Se la folló ya en el local —suelto todavía con el enfado.

—No te hacía una chivata, Débora. Tú también te has follado a una empleada del local

estando en horario de trabajo.

La miro con la boca abierta, será descarada, yo no sabía que trabajaba ahí y ni siquiera estaba trabajando.

—Tú solo estabas provocando a las mujeres con el chupachups.

—No a todos, solo quería provocarte a ti y mira ni tan mal se me dio.

—Te odio —respondo sacando la lengua como una niña pequeña.

—Si vuelves a sacarla no respondo.

Me inclino en la mesa y la saco provocando a la mujer que tengo en frente.

—Puedes chupar —la incito.

Lidia se levanta un poco, sujeta mi rostro y mete mi lengua en su boca para chuparla y con una sangre fría que yo no tengo una vez lo hace se sienta y me sonrío. No sé por qué la provoqué si en esto ella me gana.

—¿Nerviosa, Débora?

Respondo negando con la cabeza, porque no soy capaz de hablar.

—Me gusta jugar, diría que me encanta. No entres en un juego que no controles.

—Sé controlar mis impulsos, tú, en cambio, no puedes.

—No provoques, Débora, porque aparte de jugar me encanta que supliquen.

Está claro que si aquí hay una ganadora es ella, la mujer del chupachups es la tía más seductora que me he encontrado hasta ahora en mi vida. No suelo quedarme sin palabras, pero con ella es mejor no seguir su juego, al menos en el local, porque es capaz de subirme a la mesa y hacer que grite y no precisamente por cabrearme.

No le respondo y miro el teléfono, reviso el *WhatsApp* para saber que quiere mi amiga y así no mirar a Lidia.

—Es mejor que me vaya —comenta levantándose de la mesa.

—¿No vas a invitarme, ni acompañarme hasta casa de Bea?

—Seguro que vas a saber llegar a casa de tu amiga solita, y ya te digo que yo no invito a desayunar —responde colocando la silla.

—Qué descortés.

—No he pretendido serlo —dice encogiéndose de hombros—. Seguro que nos volveremos a ver, Débora.

—Ni lo sueñes —contesto enfadada.

Lidia me guiña un ojo mientras la veo salir del local, y maldigo internamente que esa mujer despierte tantas sensaciones en mí. Sé que sería mejor evitar coincidir con ella para no caer de nuevo en sus redes, pero en el fondo, una parte de mí anhela que el destino o lo que sea nos vuelva a reunir en otro momento de mi vida.

Capítulo 5

Débora

Una vez termino de desayunar y después de que me preparen lo que me ha pedido Bea, camino pensando en que Lidia me desconcierta tanto. Esa mujer que es de apariencia fría tiene un volcán en su interior o al menos a mí me lo parece. Le gusta provocar y yo caigo en su juego una y otra vez.

Llego a casa de mi amiga y pulso el timbre. A través del video portero, me ve y pulsa el botón, lo que hace que la puerta se abra justo cuando yo la estoy empujando.

—Menos mal que llegas —se queja quitándome la bolsa de las manos.

—Serás, zorra, que yo llevo tocando un buen rato y tú me has ignorado —protesto entrando a su casa.

Una vez en el salón me doy cuenta de que no hay ni rastro de Edgar, miro a mi amiga con cara interrogante y haciendo un gesto con las manos para que me diga dónde está el camarero.

—Está en el baño, el muchacho es aseado, no como otras —escupe mirándome, mientras se mete una fresa en la boca.

—Mira, Bea, que si no me he duchado es por tu culpa.

—Ya —respondo volviendo a coger otra fresa—. Qué buenas están —afirma con la boca llena.

—Puedes hablar con la boca vacía.

—Esto —dice con otra fresa en la mano—. Con una de está puedo hablar, ahora con lo que tenía antes en la boca ni de broma.

—Buah. Joder, Bea, qué asco por Dios —me quejo.

Por mi mente pasa esa imagen de mi amiga haciendo cosas con el camarero y una arcada de asco me viene haciendo que Bea comience a reír.

—Eso es que no has probado —dice para molestarme.

—No voy a caer en tu juego.

Bea se encoge de hombros y conecta la cafetera *expresso* para poder preparar los cafés, yo tomo asiento en unos de los taburetes y la observo en silencio.

—No vas a contarme, ¿qué tal la noche? —pregunta bebiendo de la taza de café.

En ese momento sale Edgar del baño y llega hasta la cocina, el muchacho es bastante guapo

y mucho más joven que mi amiga ahora que me fijo bien.

—Buenos días —saluda sentándose en una butaca.

—¿Qué edad tienes? —pregunto de forma impulsiva.

—Deja que desayune al menos antes de someterlo al tercer grado —ríe mi amiga.

—Te has fijado que es un crío.

—No es tan joven, Débora, no seas dramática.

—Si crees que mi amiga va a ser tu *sugar mommy* estás equivocado.

Los dos se miran y comienzan a reír.

—Es mucho peor de lo que me habías dicho —afirma el chico sin dejar de reírse.

—No le veo la gracia.

—Entonces yo debo de pensar que, porque te has liado con la socia del club de intercambio, es porque quieres su dinero —dice el chico.

—Yo no sabía que ella era socia.

—Joder, ¿la tía del chupachups es dueña del local?

—Sí —respondemos los dos a la vez.

—Vaya, ¿hay más socios? —le pregunta a Edgar.

—No, solo son David y Lidia, y la cara visible siempre es él. Ella solo va a veces, tiene otros negocios.

—¿Qué tipo de negocios? —pregunto con curiosidad.

Edgar se ríe y niega con la cabeza.

—No puedo dar información de los dueños, ni de los compañeros, tenemos contratos de confidencialidad.

—Venga, ya. Lidia ni siquiera trabaja ahí.

—No daré información y mucho menos personal. Lo de que es socia me supuse que lo sabías por acceder a los despachos.

—Lo supe ahora en el desayuno —respondo.

—¿Te ha invitado a desayunar?

—Imposible —dice Edgar—. Ella salió antes que yo del local, Lidia se quedó con Marga.

—Me la crucé por la calle.

—Vas a tener que contarme muchas cosas —exige mi amiga.

Le relato desde que salí del local hasta que me crucé con Lidia en el paso de peatones y de cómo terminamos en la cafetería y ella confesándome que era una de las socias.

—Tengo que marcharme —dice Edgar mirando su reloj.

—No puedes quedarte un ratito más —susurra melosa mi amiga.

—Mi madre debe estar preocupada.

—Mierda, Bea, te lo he dicho, es un crío.

El chico se ríe mientras niega con la cabeza por mi afirmación.

—Este jovencito ha hecho gritar a tu amiga.

—No necesito tanta información, puedes ahorrártela.

—Te pareces a Isabel con tantos prejuicios, chica, cualquiera pensaría que no crees en la monogamia.

—No me voy acostando con crías.

—Porque no se te ha dado la oportunidad.

—No lo haría —confirmo.

—Tengo veinticinco años —suelta el chico para que nosotras dejemos de discutir.

—Ves, es mayor de edad —corroborra mi amiga sonriendo.

—Somos mayores que él quince años —digo poniendo los ojos en blanco.

—Tú un poco más que yo todavía no he cumplido los cuarenta.

—Bea, los cumpleaños en diciembre.

—Podríamos celebrar tu cumpleaños en el club —propone Edgar.

—Muy buena idea —dice para después besarlo.

—Madre mía, estos dos, parecéis dos críos.

—Yo lo soy, ¿recuerdas?

—Mira, yo mejor me voy a la ducha.

Me levanto y me dirijo al baño, pero antes paso por la habitación a coger ropa de la mochila.

Al salir del baño, tras una ducha reparadora que me permite irme a casa a dormir, encuentro a mi amiga esperándome en el sofá.

—Me voy a mi casa.

—Ni hablar, te vas a quedar aquí, te marchas a la noche. Llevas demasiadas horas despierta y con la ducha casi seguro que tu cuerpo se ha relajado, no vas a conducir cuarenta minutos hasta tu casa.

Me dejo caer en el sofá, reconociendo que mi amiga tiene razón: mi cuerpo está más relajado de lo esperado. Pongo los pies encima del sofá y me acurruco. Bea me deja la manta que tiene en el diván y me la coloco por encima.

—Ahora dime que ya has guardado el teléfono de Lidia en la agenda.

—No —respondo cerrando los ojos.

—Dame el móvil —exige.

—Solo quiero dormir, Bea, no tengo ganas de discutir ahora.

Eso es lo último que puedo recordar, ya que mi cuerpo lleno de cansancio se encuentra en un sueño placentero.

Capítulo 6

Lidia

Es sábado y he quedado con David para ponerme al día sobre la reunión que ha tenido con los propietarios del hotel de Madrid. Estoy en el local, llegué antes de que abriera al público.

—Marga me comentó que te dijo que todo había salido bien.

—Sí, pero necesito que me pongas al día, David, sé que estoy algo desaparecida, pero con la ampliación del taller y... —paro de hablar porque ha levantado su mano negando con la cabeza.

—Esto no es de reproches, Lidia, yo también debí de contarte antes cómo había ido la reunión con esos tíos, pero he estado disperso estos días.

—¿Sofía? —pregunto alzando una ceja.

—Algo así. Lo que te digo es que sé desde un principio que tú no ibas a estar tan involucrada como lo estoy yo, de hecho, yo gano un sueldo y tú solo ves el reparto de beneficio a finales de año. Solo quiero comentarte que vamos a tener que viajar los dos a Madrid, allí no me vale, Marga, ellos quieren cerrar todo allí, ella te explicó algo.

—Sí. Por mí vale, solo tienes que decirme cuando y yo me intento liberar de trabajo. Solo te pido que si puede ser la firma un viernes mucho mejor.

—Una vez me dijiste que necesitaba tiempo para mí. ¿Tú tienes tiempo para ti?

Suspiro al escuchar la pregunta de mi amigo y me recuesto en la silla, la realidad es que no cojo unas vacaciones desde hace cinco años. Cuando murió mi padre me propuse hacer todas las actualizaciones en el taller que él nunca quiso hacer. Tengo cuarenta y dos años, mis únicas salidas para desestresarme del trabajo es venir aquí, donde también soy socia.

—Estoy esperando una respuesta —dice apoyando los codos encima del escritorio.

—No lo tengo, pero al menos ahora vengo algo por el local.

—Eso no es tiempo para ti, salvo por lo del miércoles.

Miro a David entrecerrando los ojos sin comprender.

—Me han contado que te liaste con una amiga de Sofía, y encima en mi despacho —dice con cara de asco retirándose del escritorio.

—Pasó todo en ese sofá tan bonito que tienes —respondo riendo.

—Te prohíbo volver a utilizar mi despacho.

—Era o venir aquí o terminar en los baños —expongo encogiéndome de hombros.

—Sabes que tenemos salas privadas, ¿verdad?

—Fue un calentón rápido, David, mi cerebro no estaba para recordar cosas de este sitio, solo necesitaba saciarme de ella.

—Sé lo que es para ti las mujeres y el sexo, solo te pido que no la cagues con ella, es amiga de Sofía.

—No hay nada entre Débora y yo, no hay nada más que lo que pasó la otra noche.

—Marga no opina lo mismo.

—Marga es unos bocazas. Te prometo que pase lo que pase entre esa mujer y yo, no va a interferir en tu relación con tu chica.

—¿Volverás a verla?

—No tengo su contacto.

—Puedo conseguirlo si quieres.

—No estoy segura de querer eso.

—¿Por qué?

—Ella hace que tenga dudas y eso no me gusta, no sentir que tengo el control es algo que se me escapa, es una sensación extraña.

—Conócela, date la oportunidad y dásela a ella el decidir qué es lo que quiere.

—Sabes que mi afición es huir —confieso apenada.

—Quizá sea ella la mujer que quieres.

Un escalofrío recorre mi cuerpo, el hecho de vivir atada a alguien para toda la vida, me agobia. No creo en la monogamia, creo que eso lo estropea todo, pero tampoco quiero una relación abierta como la que ha tenido David. Yo busco otra cosa, aunque lo he intentado al final siempre lo dejo porque siempre tienen algo que hace que termine huyendo.

—No quiero pensar en eso ahora. Aparte como ya te he dicho, no creo que la vuelva a ver.

—Le has dado el número de teléfono, Lidia, ella solo tiene que llamarte.

—Para, David, ya sé que le di el número y eso fue un error por mi parte.

—Te mueres de ganas de volver a verla.

Bufo en señal de protesta, cojo un bolígrafo que tiene en el escritorio y se lo lanzo, él se cubre con los brazos la cara para que no impacte en ella.

La puerta se abre y los dos nos giramos para saber quién es.

—Me esperaban —dice Marga entrando.

Miro a mi socio a ver si él la ha llamado y tiene la misma cara interrogante que tengo yo. La encargada entra y toma asiento en la silla que está a mi lado.

—Espero que no hayas follado aquí con tu ligue —comenta mirándome mientras mira la silla con asco.

—No te hacía con tantos remilgos, y mucho menos cuando te he visto de rodillas comiendo

entre las piernas de mujeres y hombres.

—Querida, no me como a cualquiera.

—¿A qué has venido? —pregunta David.

—Quería proponeros algo.

—Somos todo oídos —digo mirándola.

—Tenéis que abrir un local en el sur de la isla —suelta y nos mira expectante.

—Ni de coña —respondo mirando a mi socio.

—No es mala idea.

—Si lo es y lo sabes, hace años hicimos un estudio de mercado, allí hay muchos e incluso hay pactos con los taxis y dan comisiones por llevar a gente a esos locales, abrir otro aquí sería una pérdida de dinero.

—Tengo contacto —dice Marga.

—Me da igual tus contactos —insisto—. Esto es para ganar dinero, no para perderlo. Yo no entro —aclaro.

—Si Lidia dice que no, es no, Marga.

—Hay un nicho de mercado, estoy segura de ello —insiste.

—Pues invierte tú —respondo enfadada.

Mi amigo se mantiene en silencio y se recuesta en la silla mientras la encargada y yo entramos en una discusión absurda que no va a llegar a ninguna parte. Lo que propone lo barajamos una vez, de hecho, se hizo un intento con un traspaso de local que hicimos y aquello salió mal. Por suerte fue poca la inversión, pero en el sur de la isla me niego a invertir un solo euro.

—Bueno, ya —pide David—. Estudiaremos lo del sur de la isla, Marga.

—No vamos a estudiar nada —expongo cabreada.

Marga se levanta y pone una mano a cada lado de mi silla y se agacha hasta que sus labios se pegan a los míos

—Te debería castigar por tu soberbia —susurra para después pasar su lengua por mis labios. Se incorpora y sin decir nada más sale por la puerta y da un portazo.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta mi amigo.

—Está cabreada, por eso ha dado el portazo.

—No me refiero a eso, Lidia. Te ha besado y tú te has dejado.

—El otro día la besé —reconozco poniendo las manos en la cara.

—Sabes que hay una única regla que tenemos que respetar.

—Ya lo sé, estábamos fuera del local, acababa de tener sexo con Débora, ella insistía en que entre esa mujer y yo puede haber algo más, y yo qué sé, la besé —afirmo avergonzada— Prometo que no volverá a pasar.

—Eres mayorcita para saber lo que debes hacer, pero Marga no es la mujer que tú quiere, ella es...

—Un polvo, pero no quiero eso, ni con ella, ni con nadie más que no sea ahora mismo Débora —reconozco.

Me sorprendo al escuchar mis propias palabras y cierro los ojos con fuerza, como si al hacerlo pudiera negar la realidad de que necesito entender qué está sucediendo con esa mujer.

David se mantiene en silencio y me observa, doy gracia a que no insista en que debo hacer algo, simplemente me está dejando el espacio que sabe que necesito.

—Te invito a una copa —suelta al cabo de un rato poniéndose de pie.

—Perfecto.

Capítulo 7

Débora

El fin de semana lo paso sola en casa. Sofía me insistía en volver al local el sábado, pero decliné la oferta. No quería encontrarme con Lidia allí. Después, Bea intentó convencerme.

—No seas aguafiestas y vamos a dar una vuelta —insistía.

—Vete tú con el muchachito. Todavía no entiendo cómo pudiste acostarte con alguien tan joven.

—Fue por prescripción médica.

—¿Eh? —dije confusa.

—Me ha recetado colágeno. ¿Qué mejor manera de hacerle caso que empezar con un jovencito de veinticinco años?

No puede aguantar las ganas de reír por las ocurrencias de mi amiga, y al final, ella también terminó contagiada por mi risa.

—Ya, ya —dijo intentando dejar de reír.

—Es que tienes cada ocurrencia, Bea.

—Bueno, ya que no te hemos convencido, al menos dime que vas a llamar a Lidia.

—No —respondí.

—Venga ya, Débora, si te mueres de ganas de volver a verla.

—Quizá, pero ella también puede llamarme.

—¿Le diste tu teléfono?

—No, pero lo puede conseguir —me justifiqué.

—Estás haciendo la gilipollas, que lo sepas. Te gusta, le gustas y no hacéis nada para veros.

—A mí no me ha recetado sexo el médico —solté.

—Mal doctor tienes. Ahora, en serio, llámala o escríbele un *WhatsApp*.

—Me lo pensaré.

Tras eso nos despedimos, y yo seguí en casa viendo películas. Tuve la tentación de escribirle, pero cada vez que me disponía a hacerlo, algo dentro de mí me decía que no lo hiciera y terminaba bloqueando el móvil.

Es lunes y entro a las oficinas para dirigirme a mi mesa, cuando veo que Bea ya ha llegado y está en la puerta de su despacho mirándome.

—Necesito hablar contigo —dice entrando.

Resoplo y entro detrás de ella en silencio, ella se sienta en su silla y me hace señas para que tome asiento.

—Tengo que trabajar, Bea.

—Yo también —resuelve encendiendo el ordenador.

—¿Para qué me quieres?

—Estaba en el local el sábado.

—¿Quién?

—Lidia, Débora, ella estaba allí con un jodido chupachups. Esa mujer es un pecado con piernas, tenía a varias mujeres merodeando.

Cuando escucho eso, siento una decepción, como una punzada de celos en el pecho. Ella me había dicho que solo intentaba provocarme a mí, pero el sábado estaba haciendo exactamente lo mismo que hizo cuando me vio el miércoles.

—¿Y? —pregunto encogiéndome de hombros.

—Preguntó por ti, no directamente, pero si dijo que dónde estaba el resto, la aburrida de Isabel tampoco quiso venir con nosotras.

—Bea, voy a ir a trabajar, después hablamos en el desayuno, si quieres.

Me levanto y cuando voy a salir para dirigirme a mi mesa, Bea continúa hablando.

—Cuando supo que no venías, dejó el chupachups a un lado.

Miro a mi amiga y me muerdo los labios, expulsando aire por la nariz mientras niego con la cabeza. Sé que debo descubrir lo que Lidia podría hacer, pero el miedo me hace huir como una niña.

Salgo del trabajo y, al final, tanto Bea como yo nos hemos liado con nuestras gestiones y hemos ido a desayunar en horarios distintos. Entro en mi coche y salgo del aparcamiento. A veces me cuestiono si realmente me resulta rentable trabajar tan lejos de casa. Cuando la gente se entera de que vivo en la zona alta de Guía, siempre hacen los mismos comentarios: "¿No te resulta costoso con lo que gastas en gasolina? ¿No llegas agotada a casa?" Sé que aquí en Gran Canaria estamos acostumbrados a tener todo cerca. Sin embargo, soy feliz viviendo donde lo hago, y me niego a mudarme a la capital. Estoy tan acostumbrada a vivir sola y casi sin vecinos que la idea de ir a un piso me agobiaría.

Voy a incorporarme al carril por el cual debo subir cuando siento un golpe en el lateral de mi coche que me hace blasfemar en voz alta. Miro por mi ventana y veo que un idiota se ha saltado el STOP. No puedo bajarme del coche, ya que su parachoques me lo impide.

—¿Pero no me ves? —grito cabreada cuando he bajado la ventanilla.

—No, no te he visto —responde sacando su móvil.

Veó que el tipo comienza a sacar fotos de los coches. Mi mal genio comienza a aflorar, pero me digo a mí misma que debo relajarme. Ha sido su culpa. Arreglamos los papeles y todo queda listo.

Cuando el chico ha sacado todas las fotos, arrimo mi coche a un lado y él hace lo mismo. Busco mis papeles en la guantera y me doy cuenta de que no tengo un recibo del seguro. Tengo que buscar en el correo electrónico para encontrar el número de póliza.

Me bajo del coche y veo que la puerta detrás de la mía está completamente abollada, inservible. El muy idiota me la ha destrozado.

—Vaya —dice cuando ve los daños.

—No entiendo cómo no me has visto —sigo protestando.

—La culpa ha sido tuya, tenías un STOP —suelta y se queda tan ancho.

Yo comienzo a reírme porque si le digo lo que pienso viene la policía, pero a llevarme detenida.

—Mira, primero que nada, pásame las fotos que has sacado.

—Sí, claro.

Conectamos los teléfonos por Bluetooth y me las transfiere. Las miro y no puedo entender cómo tiene la desfachatez de decir que es mi culpa cuando en una foto se ve claramente que no es así. Él sigue insistiendo en que es mi culpa, que, aunque había salido deprisa porque tenía que ir a buscar a sus hijas, yo tenía un STOP.

—A ver, hagamos algo, usted me da los datos y que discutan los seguros, no pienso perder mi tiempo aquí.

—Podemos hacer un parte amistoso —propone.

Pongo mis ojos en blanco y niego con la cabeza.

—No, ni hablar. Deme sus datos y yo le daré los míos. No pienso seguir discutiendo sobre algo en lo que no tiene razón.

Apuntamos cada uno lo que corresponde y luego él se va. Yo entro a mi coche cabreada, ¿cómo puede haber gente tan impresentable en este mundo? Ahora solo queda dar parte y ver cuándo me van a arreglar mi coche, porque está claro que la culpa es del idiota ese.

Llego a casa y escribo en el *WhatsApp* de las chicas lo que me ha pasado, y como era de esperar se ríen de mi desgracia, todas menos Isabel, que esa mujer es una santa. Las otras son dos zorras.

Salgo de la conversación y comienza mi calvario para hablar con la aseguradora, como era de esperar, es casi una misión imposible. Una locución me dice que todo se puede hacer a través de internet, así que eso hago.

Media hora después, estoy en el sofá con el móvil en la mano, indecisa sobre si escribir a

Lidia. Algo me dice que lo haga, pero las dudas vuelven.

—Joder, parezco una jodida niña.

Capítulo 8

Débora

Los días van pasando y aún no he recibido noticias de la aseguradora, lo cual me está generando preocupación. A pesar de que ya les envié las fotos solicitadas de mi vehículo, aún no han iniciado el proceso de peritaje. Me aseguraron que, con base en las imágenes que les proporcioné, quedaba claro que la responsabilidad recae en el otro conductor. Sin embargo, mi coche sigue sin peritar y con la puerta dañada, la cual no puedo abrir. Con la llegada de las lluvias, el interior del vehículo se está mojando debido a que la puerta está desalineada.

—Necesito encontrar un taller para arreglar el coche y después reclamarlo, no puedo seguir así.

—Sabes que eso es lento, te llamarán —dice Bea.

—¿Tú no conocerás un taller?

—No, ni idea.

—Voy a preguntarles a las chicas.

Decido abrir la aplicación de WhatsApp y pregunto a mis contactos si alguien conoce algún taller de chapa y pintura para reparar mi coche. Afortunadamente, Sofía responde y me envía un enlace con el nombre del taller recomendado. Pico encima del enlace y me lleva directamente a la página web del taller, que se llama “Taller Ramiro Donat”.

—¿Se habrá follado al tal Ramiro? —pregunto mirando a Bea.

—Con Sofía todo es posible —afirma riendo.

—Voy a llevarlo después, quiero arreglar esto cuanto antes.

—Puedes joderlo si no te envían un perito, no vayas de apurada y haz las cosas bien —me pide mi amiga.

Afortunadamente, al mediodía recibo una llamada de la compañía aseguradora. Después de una conversación intensa sobre por qué sería más conveniente utilizar sus talleres, decido aceptar su oferta. Para mi sorpresa, el taller que me ofrecen, cerca de mi lugar de trabajo, resulta ser el mismo que Sofía me había recomendado. Acepto la propuesta y me dan una cita para sacar fotos de mi vehículo esa misma tarde, con la promesa de que, si todo va según lo previsto, en setenta y dos horas mi coche estará completamente reparado.

Ahora estoy en casa después de pasar por el taller y que la encargada que se llama Pilar me

haya asegurado de que todo será rápido con la compañía. También le dije que necesitaba coche de sustitución, ya que no podía quedarme sin vehículo el tiempo que el coche estaba para repararse.

—Eso va a estar un poco más complicado, tenemos coches, pero la reparación tardará más de lo que estima la compañía —dijo mirándome fijamente.

—¿Cuánto es más? —preguté.

—Depende de la lista que tenemos.

—Necesito que me arreglen el coche cuanto antes, con las lluvias se moja el interior.

—Haremos algo, le comentaré el problema a mi equipo y veremos qué podemos hacer.

Agradecí la amabilidad de la chica y salí de allí más contenta de lo esperado. Al menos ya van agilizando las cosas.

—Ya han pasado dos semanas desde que llevé el coche al taller y nada —protesto hablando con mis amigas.

—Eres una agonía, Débora, no todo debe estar a tu disposición —dice Bea bebiendo de su copa.

Hemos quedado las cuatro para tomar algo, ya que desde la vez que nos vimos en el local no hemos vuelto a quedar.

—¿Nos vas a contar qué tal con David? —pregunto a Sofi que no deja de mirar su móvil.

—Pues bastante bien, es un hombre maravilloso y me hace feliz.

—¿Vas a tener una relación con él? —pregunta Isabel alarmada.

—Ya la tengo —responde Sofía encogiéndose de hombros.

Miramos a la mojigata de nuestra amiga y parece mentira que pertenezca a nuestro grupo, la cara que ha puesto solo le ha faltado presinarse para no caer en las garras del deseo como hemos hecho todas en el local de intercambio.

—Tenemos que volver —propone Bea.

—Conmigo no cuenten —suelta Isa.

—No seas tan sosa, Isabel, quizá allí encuentres lo que buscas —asegura Sofi.

—No se me ha perdido nada allí.

—A mí tampoco —respondo.

Las tres se giran para mirarme asombradas por mi afirmación.

—Podemos ir a tomar una copa, solo vamos a pasar un rato divertido.

—En ese local se divirtieron todas menos yo —se queja Isa.

—Porque eres una estirada —resuelve Bea.

—¿Tú por qué no quieres ir? —me pregunta la novia de David.

—Porque no quiero.

—Lo que no quiere es encontrarse con Lidia —comenta Bea.

—No es eso, es solo que no veo que encaje en ese lugar.

—Pues bien, que encajaste entre sus piernas —dice riendo Sofi.

—Es que no sé por qué les he contado lo que pasó, mejor me lo hubiera ahorrado.

—Lo hubiera contado yo —asegura Bea.

—No quiero volver a ver a esa mujer —miento.

—Ya, pues ella... —Sofi no sigue hablando, se calla y alza la ceja mientras bebe un trago de su copa.

—Ella, ¿qué?

—No decías que no te interesaba, pues es mejor que no sepas lo que dice.

Muerdo mis labios maldiciendo a mi amiga y a esa necesidad de saber qué es lo que ha dicho Lidia de mí.

Mientras seguimos conversando, Sofía comparte detalles sobre su relación con el señor Lemes, como muchos lo llaman en el local. De repente, al mencionar el nombre de Marga, una pregunta me asalta. Sofía había mencionado que al principio pensó que entre él y la encargada podría haber algo más. Sin embargo, él le aseguró que no era así y que en el local las relaciones entre empleados estaban estrictamente prohibidas para todo el personal, incluyéndolos a ellos. Aunque Lidia ya me había comentado sobre esta política, no puedo evitar sentir cierta duda sobre si entre esas dos mujeres realmente nunca ha pasado nada.

—Lidia y Marga, ¿ellas se han liado? —pregunto haciendo que mis amigas me miren.

—Algo hubo la mañana que se lio contigo —asegura Sofi haciendo que sienta una decepción enorme.

No sé por qué me molesta tanto que Lidia me hubiese mentido, tengo un nudo en la garganta por lo que ha dicho Sofi.

Mi cabreo va en aumento según va pasando la noche, solo le doy vueltas a lo que ha dicho mi amiga.

—Iremos el fin de semana que viene al local —aseguro.

—Bien, menos mal que ya se te va pasando lo de mojigata que te ha pegado Isabel.

—Yo no voy a ir —responde Isa.

—Vamos a ir —confirmo mirando a mi amiga—. Iremos todas, sabes que estas dos se liarán una con el novio y la otra con el colágeno o vete a saber con quién, y tú y yo vamos a divertirnos.

Isabel va a protestar y la miro seria y eso hace que, aunque cierre los ojos negando, termine por aceptar la propuesta.

El martes, cansada de la espera por la llamada del taller, me presento en las instalaciones muy cabreada.

—Buenas tardes, ¿desea algo? —dice la chica que está en la entrada.

—Necesito hablar con la encargada.

—Pilar se ha ido a almorzar, si yo la puedo ayudar en algo.

—Necesito saber para cuando tengo la cita concertada para la reparación de mi coche.

—Si me deja sus datos.

Le facilito todo a la chica y lo busca en el ordenador y tras unos minutos en el que alterna la vista entre la pantalla y los datos que ha apuntado, la muchacha se levanta.

—Lamento comunicarle que todavía no tiene cita, está en la lista de espera.

Suspiro para no gritarle, sé que ella no tiene la culpa de la incompetencia de ese taller, o de coger más trabajo del que pueden abarcar.

—Debe haber un error.

—No, señora, no lo hay. Desde que tengamos un hueco le llamaremos.

—¡Una mierda! —grito cabreada—. No pienso salir de aquí hasta que me den una fecha. Que se me está mojando el coche con las lluvias.

—Lamento lo sucedido, pero usted ha pedido un coche de sustitución y eso es lo que ha retrasado el arreglo.

Doy un golpe en el mostrador para descargar mi frustración haciendo que uno de los chicos del taller se acerque hasta donde estoy yo.

—Tiene que relajarse —dice el muy gilipollas.

—Mira —le espeto poniendo mi dedo en su pecho—. Estoy muy cabreada, no vengas a tocarme las narices.

—Señora, debe tranquilizarse, ya mi compañera le ha dicho que...

—Quiero hablar con el dueño —exijo.

—Se puede saber, ¿qué pasa? —escucho una voz justo detrás de mí que me es familiar.

Al girarme veo que es Lidia y a su lado está Pilar, la mujer con la que siempre he hablado.

—Señora Donat, lo tenemos controlado —dice el gilipollas.

Lidia me mira mordiéndose el labio inferior, mientras yo tengo ganas de matarla en ese mismo momento.

—¿El taller es tuyo? —pregunto intentando parecer calmada.

Ella asiente y yo me aprieto el puente de la nariz, esperando que todo sea una broma y no tenga que lidiar ahora con esa mujer que me pone igual de nerviosa que cachonda.

—Yo me encargo —dice a los allí presentes—. Acompáñame al despacho —me pide.

Capítulo 9

Débora

—Adelante —me dice dejándome pasar.

Accedo al despacho y me giro, esperando que ella entre. Me sonrío y toma asiento, odio que la muy idiota tenga el poder en esta situación.

—Me podrías indicar, ¿por qué gritabas a mis empleados?

—Bufff, eres insoportable —digo intentando calmarme.

—No me has respondido, Débora. ¿Qué es lo que pasa?

—En tu taller son unos incompetentes.

—Me podrías decir, ¿por qué?

—Sigo esperando que me llamen para reparar mi coche.

—Ese es el procedimiento. Sigo sin entender tu postura.

—La aseguradora me prometió rapidez en el arreglo y no la veo.

—Entiendo, ¿eso te lo prometió alguien del taller?

—Tu personal me dijo que se haría lo antes posible y mírame aquí sigo esperando.

—Dame los datos —me pide.

Le digo y ella consulta como hace un rato hizo la chica de la recepción.

—Estás en lista de espera, pediste coche de sustitución.

—A ver, necesito arreglarlo...

—Como todos nuestros clientes, Débora. No te hacía por una mujer impertinente.

—Ni yo por una mentirosa —suelto sin poder contener mi rabia.

—No entiendo a lo que te refieres —dice recostándose en su silla.

—Te follaste a Marga el mismo día que te acostaste conmigo. ¿Tan poco significa para ti?

—Eso no es cierto —responde incorporándose y apoyando los codos en el escritorio.

—Pues la novia de tu socio no dice eso.

—Yo no soy responsable de lo que diga la gente. Entre Marga y yo no hubo nada, ni lo habrá.

—Una mierda —suelto poniéndome de pie—. Ni sé por qué me cabrea esto.

—Te cabrea porque estas celosa, ¿es eso, Débora? —pregunta poniéndose de pie y apoyando el culo en el escritorio.

—No he venido aquí a esto, Lidia, solo quiero saber, ¿cuándo me van a arreglar el coche?

—Desde que tengamos un hueco y un coche disponible.

—Olvida lo del coche, necesito solo la cita para el arreglo.

—Se lo notificaré a Pilar para que lo tenga en cuenta.

Llego hasta la puerta del despacho para salir y huir de Lidia. Ella es la que hace que mis pulsaciones suban y no entiendo por qué.

—Solo fue un beso —dice antes de que pueda poner un pie fuera del despacho.

Me giro y la miro negando con la cabeza mientras ella la ladea y se muerde el labio inferior.

—Necesitaba sacarte de mi cabeza —asegura mirándome fijamente.

Cierro la puerta y me acerco a ella, me cuelo entre sus piernas y paso una mano por su rostro.

—¿Sabes? Yo entraba en un chat y ponía “Busco mujer con despacho para arreglar unos asuntos”

Lidia pasa su lengua por sus labios mientras yo tengo ganas de devorarla.

—¿Todavía buscas una mujer con despacho? —pregunta agarrando mi cintura.

—Ajá —respondo.

—Puede que hoy estés de suerte, estoy dispuesta a que me folles encima de mi escritorio.

Saco mi lengua y me acerco a su boca y lamo sus labios, para después morder su labio inferior y tirar del.

—¿Qué tal besa? —susurro en su boca.

—Tú lo haces mucho mejor.

Lidia sujeta mi cuello, me besa, su lengua se cuela en mi boca, siento como un suspiro se escape de ella. La dueña del taller no deja que me separe de sus labios, y yo tengo que apartarme empujándola para poder coger aire.

—Joder —suspiro excitada.

—Te deseo —reconoce con la respiración agitada.

Ahora soy yo la que no me contengo y la beso, empiezo a recorrer su cuerpo con mis manos, su ropa me sobre y le saco la camiseta, para dejarla delante de mí solo con el pantalón y en sujetador. Me separo un poco y contemplo su busto, recorro con un dedo su canalillo hasta meter dos dedos entre el sujetador y atraerla otra vez hasta mí.

Lidia me quita mi bolso para después hacer lo mismo con mi blusa, ahora las dos estamos en igualdad de condiciones. Ella se lame los labios mientras me mira, el deseo se nota en sus ojos dilatados, su pecho se mueve con rapidez debido a la agitación y yo estoy deseando meter mi mano entre sus pantalones.

—Necesito tocarte —pido desabrochando el botón de su pantalón.

—¡Hazlo! —exige apoyando las manos detrás de su espalda para que yo pueda tener mayor

acceso.

Meto mi mano entre sus bragas y la humedad llega a mis dedos, los muevo y la mujer que tengo delante se le escapa un suspiro al notar el contacto. Con la mano que tengo libre la paso por detrás de su espalda y desabrocho con maestría el sujetador haciendo que sus pechos queden liberados. Tiro de este y dejo al aire sus senos para meterme uno en la boca mientras mis dedos siguen jugando en su sexo.

Una vez Lidia explota en un orgasmo entre espasmos, yo la abrazo hasta que logra recomponerse. Hace que me aparte un poco y desabrocha mi pantalón y antes de que pueda colar su mano yo la aparto.

La mujer del chupachups se baja de la mesa y se coloca frente a mí, hace que me gire y antes de que pueda negarme me veo apoyada en la mesa con mis pantalones por los tobillos y la mujer que me vuelve loca entre mis piernas. Apoyo mis manos en la mesa para poder controlar lo que me hace sentir, necesito llegar al orgasmo cuanto antes o mi cuerpo va a explotar si no lo hago.

—Dos dedos —exijo tirando de su pelo para que me mire.

Ella sonríe, me aparta la mano e introduce los dedos sin dejar de mirarme a los ojos, yo tengo que cerrarlos al sentirla dentro. Un gemido se escapa de mi boca, se mueve a un ritmo rápido, como lo estoy necesitando en ese momento, vuelve a hundir su rostro entre mis piernas para mover su lengua por el clítoris, haciendo que entre gemidos llegue al clímax.

Capítulo 10

Débora

—Vamos a desayunar, necesito hablar contigo —digo entrando al despacho de Bea.

Ella me mira entrecerrando los ojos, es raro que sea yo la que le exige que tengamos que ir juntas, normalmente es ella la que me saca a mí del trabajo.

—Deja que termine de responder esto y vamos.

Espero fuera a mi amiga, necesito contarle lo que me pasó con Lidia ayer por la tarde.

—El taller que me dijo Sofía es de Lidia —digo según nos sentamos en la mesa de la cafetería.

—¿En serio?

—Sí, o de su familia.

—Puede ser una empleada.

—No, por lo del nombre del taller, el apellido de Lidia es Donat.

—Pues entonces sí que tiene algo que ver, pero eso no explica por qué necesitabas que desayunáramos juntas.

—Follamos —suelto de golpe.

—¿En el taller? —pregunta con los ojos muy abiertos.

Asiento tapándome la cara y mi amiga no sale de su asombro.

—Pero a ver —dice para que la mire—. ¿Fuiste al taller y follaron entre los coches?

—Nooo, joder, qué bruta eres.

—Pues explícate, que hasta ahora el poder de la adivinación no lo tengo desarrollado.

—Me dijo que fuera a su despacho a hablar, yo estaba muy nerviosa, no se sabía cuándo me iban a arreglar el coche.

—Bufff tú y la obsesión con los despachos.

Le cuento a mi amiga como pasó todo y como terminé entre las piernas de Lidia. Al recordarlo siento un escalofrío, recorrerme el cuerpo.

—¿Y después?

—Me fui sin más.

—Huiste —dice ella poniendo los ojos en blanco.

—No.

Mi amiga me mira entrecerrando los ojos.

—Vale, quizás sí que hui, pero no sabía qué coño había pasado ni que me pasa con esa mujer, es escuchar su voz y se me eriza la piel. Le gusta provocar y yo caigo como una idiota.

—Caes porque te gusta, puedes por una vez dejar de poner excusas y dejarte llevar.

—¿Y si ella no quiere lo mismo?

—Pues le preguntas, que es lo que tienen. Aparte no hace falta ponerle una jodida etiqueta, Débora. Te gusta, te lo pasas bien, pues disfruta de los momentos, sin ataduras. Es eso lo que andabas buscando, ¿no?

—Ya, pero no sé, hablar...

—Débora, las dos veces que se han visto, hablar, hablar, no lo han hecho y han tenido oportunidad. Ella te dio su número de teléfono, ¿la has llamado?

Respondo negando con la cabeza.

—Pues ahí lo tienes, llámala y habla, pero hablar.

—No la voy a llamar.

—¿Por qué?

—Ya fui yo quien se acercó el día del local, ahora que lo haga ella.

—¿Le diste tu teléfono?

—No, pero lo debe tener en la base de datos del taller. Si quiere algo que sea ella quien me llamé.

—Eres insoportable.

Me mantengo en silencio, no quiero ir detrás de alguien que no sé qué quiere. Reconozco que tampoco estoy segura de lo que quiero, pero estoy agotada de encontrarme en situaciones donde siento una conexión, solo para descubrir que la otra persona espera que sea yo quien dé el primer paso, sin mostrar un interés mutuo. Estoy cansada de tener que rogar, de huir porque no sé cómo decir no, de promesas vacías, de reproches.

—Estoy cansada, esa es la palabra exacta —afirmo mirando a mi amiga.

Ella me observa en silencio, baja la mirada y se queda pensativa mirando al café que tiene delante. Sabe que en lo que digo tengo razón. Ambas estamos cansadas de que seamos pasatiempos para muchos y obsesión para otros.

Llego a casa pensando en lo que me ha dicho mi amiga, miro el móvil y sé que me estoy comportando como una cría al no llamar a Lidia si es lo que realmente quiero, pero necesito saber si ella quiere esto, sea lo que sea que hay.

Mi teléfono vibra y veo un número desconocido y que no tengo añadido a la agenda.

—¿Sí?

—Hola, solo quería comprobar que era tu número.

—Lidia, la próxima, puedes buscar una excusa mejor para llamarme.

—¿Se ha notado mucho?

—Un poco solo, pero debo de admitir que me encanta que me hayas llamado.

—No puedo sacarte de mi cabeza —reconoce haciendo que mi cuerpo se erice al escucharlo.

—Creo que las dos tenemos el mismo problema.

—¿Qué buscas, Débora?

—Esta conversación deberíamos de tenerla frente a frente y no por un teléfono. Necesito ver tu cara cuando hablemos sobre ello.

—Me parece lo correcto.

—¿Siempre te gusta hacer lo correcto?

—Llevo haciendo lo que me da la gana cuarenta y dos años, Débora. Debo de admitir que una parte de mí quería huir, que no te llamara, que dejara pasar esto, pero necesito saber.

—¿El qué necesita saber exactamente?

—¿Por qué miro mi teléfono como una idiota, esperando que te decidas a llamarme? Qué intenté buscar saber cosas de ti a través de David. Qué tenga que besar a otra mujer para sacarte de mi cabeza. No sé qué significa esto, pero me estoy volviendo loca.

—Me pasa lo mismo, pero insisto en que esto es mejor hablarlo frente a frente.

—Te invito a cenar, el viernes por la noche, ¿te parece?

—Me parece perfecto.

—Pues nos vemos el viernes.

—Espera —digo mordiendo mi labio.

—Dime.

—¿Dónde estás? ¿Qué haces?

—En el taller, en mi oficina, ¿por qué?

—¿En esa misma que follamos ayer?

—En la misma.

—Ábrete de piernas y baja la cremallera del pantalón.

—Bufff, para, Débora, tengo una reunión ahora con un proveedor.

—Estoy en el sofá con la mano metida entre mis pantalones —digo ignorando lo que me pide.

—Joder, no hagas esto.

—Deberías ser tú la que la tuvieras dentro —respondo suspirando.

—Mierda, Débora, para por favor —suplica claramente excitada.

Ignoro lo que me dice y comienzo a mover mi mano, haciendo que suspiros se escapen de mi boca sin poder contenerlos, imágenes de ayer llegan a mi cabeza. Estoy empapada, sé que si muevo un poco más la mano llegaré al clímax enseguida.

—Me estás torturando. Debería ser yo quien te hiciera suspirar así. Quiero comerte lento, despacito, saboreando cada centímetro de tu piel.

Lidia sigue describiendo lo que le encantaría hacerme, mientras yo de manera instintiva muevo mi mano. De repente, impulsado por la excitación de escucharla, alcanzo el clímax y no puedo contener un grito al llegar al orgasmo.

—¿Relajada?

—Ajá —respondo entre jadeos.

—Veo que te gusta jugar.

—No sabes cuánto —reconozco.

—Ha empezado la guerra, Débora.

—Bueno, Lidia, gracias por el trabajo realizado. Cuando quieras volver a darme placer ya sabes mi número.

—No me vayas a cortar ahora —exige.

—Tienes una reunión y yo ya he terminado lo que estaba haciendo. Es una pena que no puedas tocarte.

—No me jodas, no me cort...

No llega a terminar la frase, porque he colgado antes de que termine. Sonrió mordiendo el labio inferior. Esto que ha pasado es lo más excitante que he tenido en mucho tiempo.

Mi móvil vibra y es un *WhatsApp*, y es desde el teléfono personal de Lidia.

—Esto no se va a quedar así, Débora. Ahora mismo te estoy odiando. Estoy empapada y todo es culpa tuya.

—No sé de qué me hablas, Lidia.

Bloqueo el móvil y lo dejo a mi lado en el sofá, miro al techo y una sonrisa se dibuja en mi rostro.

—Ha sido increíble —susurro sonriendo.

Capítulo 11

Débora

Aparco el coche más lejos de lo normal, voy caminando rápido hasta llegar a las oficinas cuando el teléfono me suena y veo en la pantalla que es Lidia.

—Espero que sea para darme cita en el taller —digo nada más descolgar.

Lo que oigo es la respiración agitada de Lidia, en ese momento miro a mi alrededor, es como si la gente supiera que la persona que me llama no es para hablar conmigo.

—¿Lidia?

—Estoy imaginándote entre mis piernas, Débora —dice jadeando.

—Mierda, no hagas eso —protesto.

Suspiro sabiendo que eso no va a salir bien, no puede ser que esa mujer se esté cobrando lo que le hice ayer. Solo escucho su voz jadeante y tengo que colgar el teléfono antes de que mis bragas queden perdidas.

—¿Estás bien? —me pregunta Bea justo detrás de mí.

—Sí, es qué.

Mi respiración es agitada, cierro los ojos intentando tranquilizarme.

—¿Qué?

Mi teléfono vuelve a sonar y al mirar la pantalla veo que es Lidia.

—¿No lo coges?

—No, es mejor que no lo haga.

Mi amiga me mira entrecerrando los ojos y a mí me toca buscar alguna excusa, lo que no sabía es que ella puede ser muy cabrona cuando quiere.

—Puede ser para darte cita.

—No es para eso.

Bea se muerde el labio inferior y ladea la cabeza esperando que le dé la razón por la que no cojo la llamada.

—Está jugando, es solo eso.

—¿Jugando?

—Mierda, Bea, sabes perfectamente a lo que me refiero —protesto entrando en el ascensor.

—¿Has encontrado la horma de tu zapato?

—Puede.

Nos mantenemos en silencio hasta que las puertas se abren en nuestra planta, caminamos en silencio, hasta que mi teléfono vuelve a sonar.

—Yo que tú lo cogería, no va a parar hasta que lo hagas —dice para después meterse en su despacho.

Descuelgo el teléfono y me quedo callada. Lo primero que escucho es cómo se chupa lo que creo que son sus dedos.

—Te lo has perdido —afirma para después colgar.

Cierro los ojos odiando mucho a Lidia, no puede ser que me ponga así con solo escucharla.

Tomo asiento en la silla y enciendo el ordenador, pero antes de ponerme a trabajar, abro el *WhatsApp* y le escribo.

—Te odio.

Cuando salgo del trabajo reviso el teléfono. Decidí por mi bien ponerlo en no molestar para no tener la tentación de cogerlo. Lo activo y veo que tengo varias llamadas y *WhatsApp* de Lidia.

—Te llamaba para decirte que podías dejar el coche, pero dado que no me respondes al teléfono, es mejor que lo dejes mañana por la mañana.

—Mañana temprano estaré ahí.

Solo recibo un emoji de una manita en respuesta a mi mensaje. Me pregunto si puede estar molesta, pero creo que con lo que sucedió hoy, no quiero arriesgarme a que se enfade. Sin embargo, tengo claro que esto no va a quedar así.

Me estiro en la cama deseando no tenerme que levantar tan temprano, pero tengo que dejar el coche e ir al trabajo en taxi, después hablaré con Bea a ver si me puedo quedar unos días en su casa para así no tener que subir y bajar en bus.

Llego al taller y me bajo esperando encontrar a Lidia, pero allí ella no está, la que me recibe es Pilar.

—Hola, me dijeron que lo trajera hoy —digo dirigiéndome a la chica.

—Sí, puedes meterlo allí —me señala el sitio.

—Una cosa, ¿sabes cuándo estará listo?

—El lunes podrás recogerlo, hoy arreglaremos la chapa del lateral y sustituiremos la puerta, mañana se pinta.

—¿Mañana?

—Sí.

Me extraña que un sábado se trabaje, pero prefiero no decir nada y si el lunes lo tengo es mucho mejor para mí. Así no tendré que quedarme en casa de mi amiga, la engatusaré para que me deje su coche el domingo para bajar con la excusa de que yo la recojo.

Una vez que firmo el documento confirmando que he dejado el coche y Pilar ha tomado

fotos de todos los ángulos, incluidos los daños a reparar, firmo el parte y salgo a la calle. Me quedo esperando en la esquina del taller, planeando llamar a Bea para ver si puede recogerme, cuando de repente escucho el sonido de una bocina.

—¿Cuánto cobra por el servicio? —pregunta Lidia bajando la ventanilla.

Me acerco a su coche y apoyo mis antebrazos en el marco del cristal y la miro fijamente.

—Bufff, tendría que pensármelo —digo siguiéndole el juego.

—Puedo pagar lo que pidas.

—¿Qué te parece si me llevas a donde te indico y después negociamos el precio?

—Perfecto, puede subir, señorita.

Rodeo el coche y me subo. Una vez dentro, Lidia me mira fijamente y siento la tensión en el aire. No sé qué hacer: ¿darle un beso o no? Y si decido hacerlo, ¿dónde debería darlo? Estoy nerviosa y puedo notar que ella tampoco está mucho mejor que yo.

—A las oficinas de la instaladora —pido poniéndome el cinturón de seguridad.

Lidia se inclina y se desabrocha el cinturón de seguridad para poder llegar a hasta mi rostro.

—Me encantaría besarte, pero no sé si puedo antes de poner un precio.

—Los besos los doy gratis —susurro.

Acorto la distancia entre nosotras y nos besamos. Al principio es un beso lento y calmado, pero cuando siento la lengua de Lidia, mi boca se abre para recibirla. Estamos tan inmersas en el momento que no nos separamos hasta que un coche toca la bocina, sacándonos de nuestra burbuja.

—Si quieres, te recojo después y te invito a almorzar.

—Me ibas a invitar a cenar —digo mirándola.

—Ya, pero como he podido colar tu coche, pues he pensado en que te invito a comer y después puedo enseñarte el local.

—¿Enseñarme? —pregunto riendo.

—Prometo que solo es enseñártelo, estará vacío y así puedes ver las salas que hay.

—Tengo que pensármelo.

—Igual que el precio por el servicio.

—Sí, eso lo podemos discutir en la comida.

—Entonces, ¿aceptas mi invitación?

—La acepto.

Por suerte el taller no está muy lejos y llegamos rápido, me desabrocho el cinturón y antes de que pueda salir, ella me sujeta el brazo.

—¿No hay beso? —pregunta entrecerrando los ojos.

—No.

—¿Por qué?

—Porque tú no besas, tú me pones cachonda —aseguro apartando la mano de Lidia y saliendo del coche.

Lidia baja la ventanilla de mi lado y yo me apoyo en ella como lo hice antes.

—Recógeme a las tres —digo guiñándole un ojo.

—Estaré deseando que llegue la hora.

Me incorporo y camino hacia la puerta de las oficinas, aliviada de que nadie me haya visto. No quiero que Bea se entere de que me han traído aquí; sé que haría mil preguntas y, sinceramente, ni yo misma tendría respuestas para ellas en este momento.

Capítulo 12

Débora

A las tres y cuarto estamos las dos sentadas en un restaurante.

—¿Qué es esto que tenemos? —pregunto haciendo que Lidia me mire fijamente.

—No me gusta ponerles nombre a las cosas.

—Ya, pero esa eres tú, a mí me gusta dejar claro a lo que estamos jugando.

—No quiero una relación —afirma—, pero tampoco quiero no intentarlo. Joder, Débora no sé qué me pasa contigo, pero siento cosas que no había sentido antes y es una jodida locura porque, ¿cuánto hace que te conozco? ¿Dos semanas? ¿Tres?

—Antes de que sigas, es mejor que sepas que yo no creo en la monogamia. Tampoco es que quiera tener una relación abierta.

Lidia me mira entrecerrando los ojos sin entender lo que le estoy diciendo, pero antes de que pueda decir nada es ella la que habla.

—Una compañera de juego. ¿Imagino que es eso?

—Sí, pero con reglas. Quiero estar con alguien, pasarlo bien y que en algún momento se pueda unir otra persona esporádicamente.

—Qué más —dice prestando atención.

—Debe de haber reglas y jamás deben saltarse.

—¿Cuáles?

—No se hace nada en la isla, mucho menos en El Escondite.

—Yo con la única persona que he tenido sexo en ese sitio es contigo —afirma.

Trago saliva al escuchar lo que dice, la verdad que yo lo único que quiero ahora mismo es arrancarle la ropa y ponerla encima de la mesa.

—Deja de mirarme así y continua con las reglas.

—Podías haberte puesto una blusa con menos escote —le reprocho.

—Y perderme que tus ojos se vayan a mi escote, ni de coña, es mucho más divertido así.

—Eres malvada.

—Ya, pero tú has querido caer en esto.

Expulso el aire lentamente e intento concentrarme para seguir exponiendo las reglas que deberíamos de tener.

—Se hará cuando estemos fuera de viaje, y nunca será en el hotel o en la casa donde nos alojemos. Se alquilará otra habitación para jugar con esa otra persona.

—Ajá. ¿Algo más?

—Sí, una última regla.

—Dispara —me pide.

—Cuando volvamos a donde nos estemos quedando, tendremos que hacer el amor, solo nosotras dos.

Lidia pasa su lengua por el labio inferior mirándome fijamente.

—¿Qué decides? —pregunto ansiosa.

—Tengo que pensarme la propuesta —dice llevándose la copa de vino a los labios.

La conversación sobre ese tema se queda ahí, y cambiamos de tema para hablar sobre el coche y por qué había decidido dejarlo durante el fin de semana. Lidia me explica que cuando tiene mucho trabajo, suele hacer que los chicos trabajen los sábados a cambio de un buen dinero.

Una vez terminamos de comer nos ponemos rumbo al El Escondite, Lidia accede al garaje del edificio.

—La plaza está libre porque David no viene hasta la noche.

Accedemos por un lateral al local y cuando entramos está todo a oscuras, ella acciona las luces y me mira.

—Te enseñaré esto antes de que empiece a llegar gente, hoy abren a las seis.

—Muy bien.

—¿Qué has visto? —pregunta.

—Pues la sala principal y el despacho.

—Al despacho podemos ir después—responde arqueando las cejas.

Golpeo su hombro y ella ríe. Lidia comienza a enseñarme las distintas salas hasta que llegamos a un pasillo que está totalmente a oscuras.

—Esto está muy oscuro.

—Ven conmigo, vamos a acceder a esa de ahí —dice Lidia tirando de mí.

Una vez dentro, me encuentro con una sala iluminada de rojo, donde destaca una equis en la pared con esposas a los lados, tanto en la parte superior como en la inferior. También hay una pared llena de fustas, látigos y otros utensilios cuyo propósito ni siquiera puedo imaginar. Lo único que tengo claro es que en esa sala solo se iría a sufrir.

—Esto a mí no me gusta —digo girándome para mirar a Lidia.

—El sado tampoco es lo mío —afirma guiñando un ojo.

—Entonces, ¿qué hacemos aquí?

—Te enseñé el local, ¿recuerdas?

—Pues esto ya lo he visto —expongo dirigiéndome a la puerta de salida.

Lidia me sujeta del brazo y hace que me pare, la miro con cara de no comprender por qué hace eso. Ella se acerca hasta mí y se coloca en mi espalda, rodea mi cintura con una mano y con la otra aparta mi pelo del cuello.

—Tú solo imagina lo que te voy a decir.

No soy capaz de decir nada solo de asentir, porque el roce de sus dedos en mi cintura y la forma que me susurra hace que todo mi cuerpo tiemble.

—Puedo besarte y arrastrarte hasta colocarte de frente a la cruz, te ordenaré que te desnudes para mí, una vez lo hayas hecho, primero te ataré las manos con calma, muy despacio, mientras mi cuerpo semidesnudo roza el tuyo completamente desnudo. Después me arrodillaré ante ti y antes de atarte los pies recorreré parte de tu cuerpo con mi lengua. No voy a pararme en tu sexo, solo quiero que tú misma separes las piernas para recibirme, pero en este caso te ataré. Una vez estés como quiero, me levantaré y cogeré una de las fustas que están colgadas en la pared.

—No, no me gusta el dolor —logro decir tragando saliva.

—Shhh... Jamás te haría daño, Débora.

Asiento conforme con lo que dice y después de pasar su lengua por mi cuello y soplar haciendo que mi piel se erice más de lo que está sigue relatando.

—Pasaré la fusta entre tus pechos y bajaré por el cuerpo, primero por un costado para después hacerlo por el otro hasta llegar a tu coño. Cuando crea que estás lo suficiente cachonda, vendrá una mujer, una que ya habremos pactado en que entrará a jugar y le ordenaré que se arrodille ante ti para que te coma. Ella comenzará a lamer tu sexo mientras yo miro, le prohibiré que te toque, solo su boca estará en tu intimidad, serás tú la que te moverás contra su cara, cuando yo lo considere me arrodillaré junto a ella y meteré mis dedos en su interior, tú tendrás que bajar la mirada y mirarme, mientras yo me la follo. Solo habrá una regla, si ella para de comerte yo pararé de fallármela. Tú tendrás que controlar el orgasmo para poder llegar a la vez que la chica que estará de rodillas, porque si te corres antes voy a parar de meter mis dedos en ella.

—Joder, quiero eso —respondo girándome.

Lidia muerde sus labios y yo me lancé a su boca para devorarla. Caminamos a trompicones hasta que mi espalda da contra la pared, ella saca mi blusa para después desabotonar mi pantalón.

—Quiero eso ahora —exijo excitada.

—Tenemos reglas, Débora.

—No has aceptado mi propuesta, así que, a la mierda, Lidia, no puedes decirme eso y no dármelo.

—Te lo daré, pero ahora no. Ahora solo quiero oírte gemir.

Lidia baja su mano y la mete entre mis bragas, tocando directamente mi sexo, haciendo que un gemido salga de mi boca.

—Quiero que seamos compañeras de juegos —dice antes de volver a besarme.